ginosa, fuése derecho, sin titubear, decidido, ¡al Viaducto!

¡Oh... sí... al fin llego!

Un momento de arranque, ¡el último!

Se detuvo en la mitad, en el sitio de mayor elevación, apoyó su ardorosa frente en la baranda, ¡qué fríos estaban aquellos hierros! y así quedó contemplando el sitio fatal... ¡Cómo palpitaba su corazón! Sus ojos se cerraron un instante...

En aquel momento se le representaron muchas cosas, pasaron muchos instantes de su vida ante él... ¡oh... qué dolor!... Así permaneció un corto tiempo, muerto para esta vida, hasta que de pronto sintió un golpe en la espalda; volvió en sí... ¿Qué era aquello? Pues era un guardia, que habiendo observado su extraña actitud y escamado por aquel tipo, á él se llegó y le dijo:

—¿Qué hace usted aquí?

—Pienso—contestó él sin darse cuenta de su contestación.

—Pues á *pensar* á otra parte; aquí no se permite hacer eso ni estar parado.

Quedóse Pablo con la mirada fija en el guardia hasta que éste le dijo:—Ale, ale, *alante* ó atrás, arriba ó abajo.

—¡Arriba!—contestó él maquinalmente, y después de un momento de vacilación, rehaciéndose, volviendo á ser dueño de su pobre ser, dió media vuelta, y pausadamente tomó calle Mayor *arriba*, sin saber ni en qué pensar ni adónde dirigirse.

A. BERUETE Y MORET

SIGLOS Y MONUMENTOS

SILUETAS MADRILEÑAS

SIGLO XVI

La Capilla del Obispo.—El fausto y la devoción de un célebre Consejero de Fernando el Católico diéronla vida, con formas que inspiraron el ya decadente estilo ojival y el espléndido renacimiento *plateresco*. Ante las sentidas y bellísimas esculturas de Francisco Giralte, resurge la sociedad del gran siglo español, llena de alientos, pletórica de ideales, de arte y de riqueza. Y allí, en los costados de la artística capilla, atraen las respetuosas miradas del visitante las estatuas funerarias de los Vargas, que gastaron su oro en ofrecer tumba suntuosa al incorrupto cuerpo del Santo Labrador, prosternándose humildísimamente ante aquel que en otros tiempos fuera su humilde siervo.

SIGLO XVII

La cárcel de Corte.—Vánse desvaneciendo las grandezas españolas, y surgen en la corte del cuarto Felipe los anuncios de la ruina que la ineptud, el despilfarro y el fanatismo habían de traer en breve. Así se refleja en la obra del arquitecto Crescencio, más espléndida que lo que su destino requiriera. Todavía hay en su frontis y en sus patios como un recuerdo de las grandiosas líneas del Alcázar toledano, pero empequeñecidas y ahogadas por marcados signos de decadencia, retratada en las secas líneas de la arquitectura, que no logran animar los detalles del naciente barroquismo, en el que á trazos de dos siglos había de transformarse aquel bellísimo *plateresco*, como la *España de Cisneros y* Gonzalo de Córdova, acabaría en la de Nithard y Valenzuela.

SIGLO XVIII

El Museo del Prado.—Madrid se transforma y embellece bajo el cetro de Carlos III. Levántanse edificios y trázanse paseos; pero al par se desarrollan las Academias, que si prestan valioso servicio á las letras y á las artes, las sujetan á su frío criterio. España abomina de Lope y Calderón por la pluma de Moratín, y de Berruguete y Siloe por el lápiz de Juvara y Sechetti. Pero bajo las igualitarias reglas pseudo-clásicas arde el fuego nacional, á cuyo calor D. Juan Villanueva concibe el Museo del Prado, que si por sus detalles responde al gusto reinante, es por su valiente traza y su potente clarobscuro gallarda muestra del genio transformador que fué siempre la nota característica del arte español.

SIGLO XIX

El Palacio de la Equitativa de los Estados Unidos.—Cifra y compendio de este positivista *fin de siglo*, elevado para tranquilidad de recelosos clientes por el mercantilismo al uso, que comercia hasta con la muerte. Construcción ecléctica, con perfiles medioevales, elementos clásicos y conjunto de monumento plutócrata. El vapor y la electricidad circulan por sus ocultas arterias. En la planta baja alójanse cafés *modernistas* y agencias de rapidísimos medios de tansporte; en el entresuelo, el estómago de la potente Sociedad, que traga pingües dividendos y vomita pólizas de seguros sobre la vida; en los restantes pisos, casinos ó círculos más ó menos políticos, sobre cuyas mesas se hace la disección á todo lo divino y á todo lo humano. En la fachada se ostenta monstruosa escultura, digna representación de la *caridad* á tanto por ciento de interés. Y rematando el conjunto, se enhiesta fastuoso templete, donde, en días señalados, ondea el pabellón de un país extranjero, al que rodean, en simbólico nimbo, brillante corona de focos eléctricos, cual homenaje rendido por la civilización moderna al país pue aplastó con sus millones y sus dudosas artes nuestra vanidad de hidalgos anticuados y perezosos.

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA

Impuesto sobre el amor.

Cuento fantástico.

Cuentan viejos pergaminos y empolvadas crónicas, que en muy lejanos siglos hubo un reino en el que, por rara disposición de la suerte, todo era felicidad y dicha.

Sus reyes, modelos de gobernantes, sabios monarcas que llevaron la justicia al más obscuro rincón de sus dominios, vivieron bendecidos y adorados por los súbditos; á la más linajuda y empingorotada nobleza pertenecieron los literatos, los artistas y los pensadores que, en mármoles, bronces y libros, con el buril y con la pluma, perpetuaron las glorias patrias, y de las entrañas del pueblo salieron los grandes hombres que, por las energías de su voluntad y por las luces de su entendimiento, lograron compartir con los reyes la difícil tarea del gobierno.

La Naturaleza mostrábase fecunda y pródiga, suministrando más de lo que era necesario para la satisfacción de las necesidades: riquísimas é inagotables minas de oro; deleitosos y amenos prados, tales como no los soñaron exaltadas fantasías de poetas; fértiles valles regados por abundosos ríos; excelentes ganados, sabrosísimos frutos, cuanto la mente imaginase y el estómago deseara, hallábase con creces en aquel bienaventurado reino de la felicidad.

Sus mujeres, de peregrina hermosura, compendio, cifra y resumen de gracias y perfecciones, encantos y hechizos, causaban la admiración de los pueblos limítrofes, y es fama que alguno de ellos tentado estuvo de verificar otro *rapto de las Sabinas*, aunque afortunadamente para los galanes del reino de la felicidad, el rapto no pasó del terreno ideal de la tentación.

Sus habitantes, que desconocían por completo el arte de la guerra, eran extremados en amorosas lides, y los galanteos de la corte de los Felipes y las aventuras de la época de Luis XV, nada tienen que echar en cara á los galanteos y aventuras de aquel reino, que sin distinción de épocas, desde su nacimiento hasta su muerte, entregóse á los embriagadores deleites del amor. Las leyendas de aquel tiempo nos dicen aventuras singulares, y en su romancero se encuentran innúmeras poesías, nacidas de amor, y dedicadas á cantar gracias de doncellas, ó picardías de casadas y viudas. Más de una vez hubo de intervenir la justicia en pendencias y desafíos, y más de una vez el Monarca, que en materia de amores aventajaba á sus súbditos, perdonó con generosidad faltas y delitos de amor. Pero el diablo, que todo lo enreda, esperaba ocasión oportuna para destruir tanta dicha y dar al traste con tanta felicidad; la ocasión, aunque se hizo esperar, por fin llegó, muy á gusto del demonio, que desesperaba de recibir de aquel pueblo contribución de almas.

He aquí cómo fué:

Cazaba el Rey acompañado de su lucida Corte en una de las más apartadas selvas del reino; el sol, que culminaba en el meridiano, vertía desde un cielo sin nubes torrentes de luz y de calor sobre la tierra; descansaban los cazadores de la fatiga de la caza, y el Rey, deseoso de paz para su espíritu, apartóse del bullicio de la gente, internándose en un frondoso bosque que convidaba á gozar de grata frescura y dulce sombra.

Dejando volar libremente la imaginación y dando rienda suelta al caballo, llegóse el Rey hasta la entrada de un jardín poético y ameno.

Era el Monarca amigo de aventuras, tenía sus puntas de soñador y sus ribetes de poeta, y entró en ganas de penetrar en verjel tan delicioso que le atraía con los gorjeos de sus pájaros y con los perfumes de sus flores.

Sin vacilar apeóse del caballo, ató las riendas al tronco de un árbol y penetró resultamente en el jardín.

Caminaba lentamente, respirando con delicia las esencias embriagadoras, cuando en lo más intrincado, umbrío y silencioso de la espesura, tendida sobre un mullido lecho de olorosas flores, y al parecer sumida en apacible sueño, aparecióse ante los atónitos ojos del Monarca una mujer de sorprendente hermosura.

La blanca túnica que vestía, ciñéndose al cuerpo, revelaba todos los encantos primorosos de sus formas esculturales; un vientecillo suave, tibio y perfumado jugaba como amante cariñoso con los negros rizos de su pelo, y el sol, filtrándose á través de las ramas, dibujaba en su rostro bellísimo el caprichoso encaje de las hojas y en vano intentaba con ardorosos rayos marchitar la flor divina de su boca.

Sonreía la joven entre sueños, y la sonrisa formaba en sus mejillas dos hoyuelos encantadores, que sin duda el amor hizo para enterrar sus besos.

Extasiado el Rey, inmóvil contemplaba la hermosura peregrina de aquella mujer; sintió brotar más tarde en su corazón la llama amorosa que abrasaba á su pueblo, y pisando apenas la crujiente arena del sendero, llegóse á la hermosa, hincó en tierra la rodilla, y uniendo sus labios secos y ardientes á los rojos y frescos de la joven, pretendió con un solo beso gozar de toda su hermosura.

Tal vez la bella soñaba con amores y esperaba un beso para despertar; porque al recibirlo se estremeció, acentuóse el vivo carmín de sus mejillas, hízose más dulce la sonrisa que vagaba en su entreabierta y húmeda boca, y lenta y suavemente, como llega la luz del día rompiendo las sombras de la noche, abriéronse sus ojos, grandes y negros, que con destellos de soles fulguraron en el cielo de su cara morena.

No pudo el enamoradizo Monarca gozar de la embriaguez que conturbaba sus sentidos, porque á tiempo que la hermosa abría los ojos, sintióse sujeto fuertemente por vigorosos brazos que, como á una pluma, le condujeron hasta el sitio en que el regio corcel pacía tranquilamente, mientras que un anciano de hirsuta y luenga barba, en quien reconoció á uno de los Príncipes enemigos suyos, acaso el más iracundo, temible y poderoso, atronaba sus oídos con insultos y denuestos, llamándole Rey traidor, ladrón de honras, mal nacido y peor portado caballero.

Indefenso el Rey, no tuvo más remedio que sufrir con paciencia insultos y amenazas, y endulzando con el recuerdo del beso la amargura de su desairada situación, atortolado y confuso, tomó más que á paso el camino de la corte, jurando vengarse de aquel grosero Príncipe que tan mal trataba á un colega gallardo y joven, poderoso y rico.

No bien hubo llegado á la corte, contó á su Consejo todo cuanto le había sucedido; el Consejo, sin vacilaciones ni dudas, declaró la guerra al terrible Príncipe, padre de la hermosa durmiente; gastáronse los ahorros del Tesoro en armas y pertrechos, y llenos de santa indignación corrieron los súbditos á lavar la ofensa inferida á su Rey, ofensa que pedía ríos de sangre.

Marte no fué con ellos tan complaciente como Cupido, y aquel pueblo, tan feliz y rico un tiempo, sufriendo derrota tras derrota, y descalabro sobre descalabro, llegó á un inconcebible estado de pobreza; sus tesoros bien pronto se gastaron, sus campiñas y sus casas fueron pasto del incendio, y el ganado, que antes engordaba con la finísima hierba de sus risueños prados, enflaquecía con los brotes ruines de los campos agostados y secos.

Buscaron Rey y gobernantes remedio, pero en balde fué que los hacendistas propusieran nuevos arbitrios; que los literatos vertieran primores de pluma para consolar al pueblo de la horrible realidad, en espera de la dicha futura; que pensadores y filósofos disertasen sobre lo efímero de las glorias humanas. Aquello iba de mal en peor, y se temía el momento en que el pueblo, agobiado por cargas y gabelas, sacudiere el penoso yugo á que estaba sometido.

En tal estado de cosas, una mañana en que el Rey volvía de caza—que no por las desdichas del país abandonó su diversión favorita,—oyó á las puertas de palacio voces y gritos. Inquiriendo la causa, dijéronle que el pueblo insultaba á un anciano venerable, que montado en un asno recomendaba humildad y resignación á los exaltados.

Mucho extrañó al Rey que aún quedase en su reino un vasallo pacífico, y deseoso de conocerle llamóle á su presencia. Acompañado de los gritos é insultos del populacho, llegó el viejo hasta su soberano.

—¿Quién eres tú, que así recomiendas resignación, cuando todo el pueblo se queja?—preguntóle el Rey.

—Lo que soy, señor, no hace al caso—replicó el viejo dulcemente;—lo que he pensado y pienso, sí.

—¿Qué piensas?

—No sólo pienso, sino que traigo el remedio de tanto mal.

—¿Cuál es el remedio?—dijo el Monarca asombrado de la convicción con que el anciano pronunció estas palabras.

—Un impuesto.

—Buena salida—dijo el Rey riéndose.—¿Te parecen pocos los que hay para tratar de aumentarlos? ¿No sabes que la indignación del pueblo nace precisamente de tanto impuesto como le agobia? ¿Y sobre qué pretendes establecerlo?

—Sobre el amor: amor—dijo el viejo—nos engendra, amor nos hace criminales ó héroes; de amor nacemos, por amor morimos; el amor informa nuestra vida, siendo causa de grandes pesares é inefables placeres... Y si esto es así, ¿hay nada más justo que el amor pague impuesto y satisfaga tributo...? Impuesto pague el que ame á una mujer, el que ronde su calle, el que cante á su reja amorosas canciones.

Maravillado quedó el Rey de las razones del viejo, que á la cuenta era más pensador y más filósofo que cuantos en la corte alardeaban de ello; y con mil presentes y agasajos pretendió retenerle á su lado.

Con fina cortesía y dulce humildad rechazó el viejo regalos y honores; besó las manos del Monarca, y, al lento paso de su asno, se alejó por la carretera en busca de su solitario asilo, pues sabido era que el venerable anciano hacía áspera penitencia en el más alto picacho de los montes que circundaban el reino.

Desde el día siguiente rigió el nuevo arbitrio, é impuesto pagaron los que al pie de floridas rejas sostenían dulces coloquios de amor, y los que á la luz de la luna entonaban dulces trovas; impuesto las promesas y juramentos de amor eterno, los arrebatos de la pasión y las lágrimas de los celos, constantes compañeros del amor. Y doble impuesto pagaron los galanes que se abrasaban en las llamas de unos ojos negros, y los que bebían la dicha en los rojos labios de sus adoradas, que unos ojos negros, al trastornar al Rey, empobrecieron á sus súbditos, y un beso en la boca, al endulzar los labios del Monarca, amargó la dicha del pueblo.

Como el amor es ley eterna de la vida, el pueblo volvió á su primitivo estado de felicidad y riqueza; pero cuentan los viejos pergaminos y las empolvadas crónicas que desde entonces disminuyeron los amores, la justicia no intervino en tantas pendencias y los galanes frívolos, temerosos de ver empobrecidas sus bolsas, más cantaron al sol, á la luna y á las estrellas que gracias de doncellas y picardías de casadas, como lo hacían en aquellos tiempos en que al amor, libre de impuestos y exento de tributos, abrasaba á los habitantes de aquel reino felicísimo.

ENRIQUE DE MESA.

RAQUEL

ESCENA IV DEL ACTO TERCERO

DEL DRAMA DE LOPE DE VEGA

Las paces de los Reyes y Judía de Toledo.

Personajes: La Reina.—El Príncipe Enrique.—D. Illán. D. Blasco.—Beltrán de Rojas.—Garcerán (nobles).

REINA

Noble Blasco de Guzmán,
gallardo Beltrán de Rojas,
Illán de Toledo ilustre
por hazañas tan heroicas;
fuerte Garcerán Manrique,
que con tan altas victorias
de Jerusalén volvistes
á nuestra patria famosa:
por ser, como sois, en quien
estriba este reino agora,
columnas de quien se afirma,
nobleza con quien se adorna,
con secreto os he juntado,
en desdicha tan notoria
para que el remedio della
entre todos se proponga.
Alfonso, cuyas virtudes
el Bueno, cual véis, le nombran,
ya pierde el nombre que tuvo
con una hazaña tan loca.
Siete años ha que encerrado
con aquella hebrea hermosa,
segunda Cava de España,
vive retirado á solas.
No se acuerda de sí mismo,
ni atiende ni acude á cosa
de su reino, de su vida,
de su fama y de su honra.
Raquel reina, Raquel tiene
de Castilla la Corona;
dá banderas á las armas,
y á las letras nobles ropas.
Ella castiga, ella prende,
y ha sido tan rigurosa,
que á vuestro Rey tiene preso
sin darle tan sola un hora
de libertad en siete años.
¡Qué prisión tan vergonzosa!
¿Pensaréis que hablo en la parte
que como á mujer me toca?
Bien pudiera, pues es justo;
mas en esto se reporta
mi sentimiento, de suerte,
que una palabra tan sola,
para decirle mi pena,
no ha salido de mi boca.
Mis lágrimas le han hablado,
aunque su curso interrompa;
mas ¿qué podrán voces de agua
en peñas de orejas sordas?
Lo que me mueve es mirar
que Dios se ofende y se enoja
de suerte de este pecado,
que ya la venganza toma.
Bajan de la Andalucía,
de Granada y de Archidona
los moros, y al rey se atreven
de quien temblaron la sombra.
La Sierra Morena pasan,
y destruyendo á Almodóvar,
pasan los campos de Utiel,
y en Ciudad Real se alojan.
A este paso, castellanos,
presto del Tajo en las ondas,
por dicha con sangre vuestra
beberán sus yeguas moras;
presto en estos altos muros,
en vez de banderas rojas,
verán pendones azules
que ya tan cerca tremolan;
presto en esta Santa Iglesia,
donde la Reina y Señora
del cielo puso los pies,
pondrá los huesos Mahoma.
Pues ¿cómo no os afrentáis
de que una mujer os ponga
en tanto mal? ¿Qué es aquesto?
¿Vosotros sois sangre goda?
¿Vosotros sois descendientes
de la sangre generosa
que ganó aquesta ciudad,
espejo de toda Europa?
¿Tú eres Blasco de Guzmán?
¿Tú eres Illán, tú, que borras
de tu padre D. Esteban,
la imagen de sus memorias?
El metió á Alfonso en Toledo;
tú de Toledo le arrojas,
pues que consientes que viva
en tanta infamia y deshonra.
Y tú ¿eres Rojas Beltrán?
Pues ¿cómo no tienes rojas
las mejillas de vergüenza
del daño que te provoca.
Y tú, Garcerán Manrique,
que del Asia honrado tornas,
¿cómo no ves que te llaman
autor de tan torpe historia?
Tú ayudas á tu señor
á que como bestia corra
sin freno por tantos vicios.
Dime: ¿con qué te soborna?
¿Has mezclado allá tu sangre?
Pues, fiera gente española,
este es Enrique, mi hijo:
ó matadme esa traidora,
ó él y yo, pues no tenéis
manos, fuerzas, sangre ni honra,
á Ingalaterra nos vamos,
donde la casa piadosa
de Ricardo nos sustente.—(*Vase.*)

BELTRÁN

¡Señora!...

D. BLASCO

¡Reina!...

GARCERÁN

¡Señora!.....

.....

.....

LA ÓPERA DE BRETÓN

Una nueva creación musical del fecundo maestro salmantino es, por la sola garantía de su autorizada firma en las esferas del arte, estímulo poderoso para que los *dilettanti* anhelasen asistir á la primera audición.

Todos los artistas, literatos y *amateurs*, en una palabra, todo el Madrid que rinde culto al arte en sus varias manifestaciones, congregóse en el teatro de la plaza de Oriente, que presentaba el esplendoroso aspecto de las más brillantes solemnidades.

¡Hermoso y merecido tributo de admiración que toda sociedad culta rinde al artista que, como *Bretón*, lucha con titánica perseverancia por la consecución de su ideal puro y sin desfallecer ni sentir los amargos desalientos que su esforzada empresa había fatalmente de ofrecerle, antes bien, surgiendo cada vez más valeroso y denodado en sus propósitos y aferrado á su inconmovible fe en el arte, avanza sin cesar hacia el templo de la fama, que le ofrece amorosa la corona de la inmortalidad como justo galardón á los desvelos y tribulaciones sufridas en el espinoso sendero del logro de sus afanes.

No bien habían sonado los timbres apercibiendo al público, que en los pasillos entregábase á vaticinios y conjeturas de muy diversa índole respecto al éxito que hubiera de lograr la nueva ópera, que su representación iba á comenzar, trocóse la algazara de las discusiones en un repentino silencio, y cada cual encaminóse diligente á su respectiva localidad para no perder ni una sola nota de la partitura de *Raquel*. Ocupado el sitial del director por su autor, que personalmente dirigía la orquesta, según su costumbre, comenzó la representación.

En el primer acto es digno de atención el salmo que entonan los judíos, que como los cantos llanos de su procedencia, más ó menos auténtico, es de extrema monotonía.

A la entrada de Raquel en escena, la orquesta ejecuta una frase verdaderamente hermosa que, iniciándose en la madera, pasa luego á la cuerda, donde adquiere nuevo vigor. Es igualmente hermosa la frase encomendada al metal cuando David manifiesta que permite á Raquel ir á la corte de Alfonso con el fin de suplicarle benevolencia para con el pueblo hebreo. Después de acceder David á la súplica de los judios, retíranse éstos y, entretanto, ejecutan los violoncellos un trémolo, como manifestación de la agitación en que se hallan sus espíritus ante el temor de verse perseguidos y expulsados por el Monarca, y que, al propio tiempo, hace presentir el fundamento del drama pasional que posteriormente ha de finalizar la obra.

El *dúo* de David y Raquel es también uno de los números de la obra digno de mención. La frase, llena de ternura, en que David advierte á su hija los peligros á que se va á ver expuesta en la corte, así como el trozo de carácter religioso en que Raquel expone su fe en el Dios de Israel, á quien pide protección en su empresa, dan á este número un colorido musical de sumo intirés, y muy adecuado á la situación, que viene á acrecentarse en la hermosa frase final del mismo que ejecuta la cuerda.

El *romance* de carácter oriental que cantan las esclavas mientras, cumpliendo órdenes dadas por David, atavían á Raquel para ir á la corte, es de exquisito gusto y de factura originalísima, en el que el acompañamiento de las arpas, el *pizzicato* de la cuerda, los *arabescos* de las flautas, el característico ritmo que marca la pandereta y su instrumentación en general, hace realzar las bellezas que este número atesora.